

LUTHER EL ORIGEN

NEIL CROSS

Traducción: Óscar Palmer Yáñez



ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
Luther: The Calling
Simon & Schuster
Londres, 2011

1ª EDICIÓN: NOVIEMBRE 2012

Published by arrangement of Curtis Brown Group Ltd
© 2011 by Neil Cross
© 2012 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2012 de esta edición: Es Pop Ediciones
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:
Concha Yáñez y Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:
El Pulpo Design

LOGO:
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:
Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-940298-0-6
Depósito legal: M-32473-2012

Este libro está dedicado a la memoria
de Gwen Kooznetzoff

CAPÍTULO 1

John Luther, un hombre grande de grandes andares, cruza el aparcamiento del hospital, resplandeciente bajo la lluvia nocturna. Pasa entre las puertas correderas de Urgencias, se dirige a recepción y le muestra su placa a la enfermera filipina encargada del triaje.

—¿Busco a Ian Reed?

—¿El agente de policía? —responde ella consultando su pantalla—. Está en el cubículo dieciocho. Al otro extremo.

Luther atraviesa la sala de espera, culebreando entre enfermeras con botas de goma. Ignora los gemidos de los alcoholizados, las mujeres golpeadas, los automutiladores, los enviados.

Descorre la pesada cortina del cubículo 18 y allí está Ian Reed, sentado sin corbata sobre el borde de la cama.

Reed es rubio, enjuto, tenso por naturaleza. Su camisa blanca tiene manchas de sangre seca. Lleva puesto un collarín blando.

—Caray —dice Luther, echando la cortina.

—Ya. No es tan grave como parece.

Reed tiene un par de puntos en el cuero cabelludo, una rotura de ligamento, magulladuras en las costillas. También en los riñones; se pasará una o dos semanas meando sangre.

Luther acerca una silla de plástico.

—¿Y el cuello?

—Un esguince. Me inmovilizaron con una presa y me sacaron a rastras del coche.

—¿Quiénes?

—Lee Kidman. Barry Tonga.

Luther conoce a Lee Kidman; culturista, portero, cobrador de deudas. Actor porno ocasional. El segundo nombre no le resulta familiar.

—Barry Tonga —dice Ian Reed—. Samoano. Cabeza rapada, tatuajes por todo el cuerpo. Grande como un camión. Se dedica a la lucha libre.

Luther encoge su voz hasta convertirla en un murmullo:

—Bueno, ¿por qué lo han hecho?

—¿Sabes quién es Julian Crouch? Promotor inmobiliario. Solía dirigir un par de clubes nocturnos: House of Vinyl, Betamax, Intersect. Y un estudio de grabación en Camden. Pero últimamente va de capa caída.

—Como todos, ¿no?

Reed explica que Crouch es propietario de media manzana de adosados en Shoreditch; seis casas. Tiene un posible comprador, un ruso que quiere renovar la propiedad, convertirla en un gimnasio a tiempo para las Olimpiadas.

Crouch está comido por las deudas. Y se está divorciando. Necesita un comprador, pero sólo cinco de los seis adosados están disponibles para la venta.

—Vale —dice Luther—, ¿quién vive en el sexto?

—Un tipo llamado Bill Tanner. Un viejo marinero.

Luther gruñe, pues sabe que Reed siente debilidad por los viejos militares, algo que le ha causado quebraderos de cabeza en el pasado.

—¿Y qué? —pregunta—. ¿El tal Crouch está intentando ahuyentarlo?

—Sí.

—¿Y por qué no se limita a mudarse?

—Porque es *su hogar*, colega. Lleva alquilándolo desde 1972. Su esposa murió en esa casa, coño.

Luther levanta las palmas de las manos. *Vale, vale.*

Reed describe la campaña de intimidación; llamadas amenazadoras, gamberros que meten mierda de perro por el buzón del anciano, le rompen las ventanas. Allanamiento para cubrir las paredes del salón con graffiti.

LUTHER: EL ORIGEN

—¿Lo ha denunciado a la policía?

—Lo que has de saber del viejo Bill Tanner —dice Reed— es que es un bastardo con iniciativa. Tiene agallas —el mayor halago que puede hacer Reed—. Saca fotos de los gamberros, las entrega como prueba. Está cagado de miedo, es un anciano que vive solo, acosado noche tras noche. De modo que una patrulla va y detiene a los gamberros. No mencionan a Crouch. Y salen antes de que haya amanecido. Al día siguiente, quizás al otro, Bill recibe una visita en serio. Dos profesionales.

—¿Kidman y Tonga, supongo?

Reed asiente.

Luther se cruza de brazos y alza la mirada hacia el fluorescente, moteado con los cadáveres disecados de moscas muertas.

—¿Y qué hiciste tú?

—¿Tú qué crees? Fui a ver a Crouch. Le dije que dejase en paz a Bill Tanner.

Luther cierra los ojos.

—Oh, vamos —dice Reed—. Como si no lo hubiéramos hecho más veces.

Luther le da la razón con un encogimiento de hombros.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de días. Después, esta noche, volviendo a casa, estaba a punto de aparcar cuando un Mondeo se empotra contra mi maletero. Antes de poder reaccionar, dos tipos salen, rodean el coche, me sacan a rastras y me dan una buena paliza.

Luther estudia el collarín.

—¿Todo esto en tu casa? ¿Delante de tu piso?

—Delante de mi puerta.

—¿Y estás seguro de que han sido Kidman y Tonga?

—Sé que ha sido Tonga porque es el cabrón más grande que he visto jamás. Además de los tatuajes. Y sé que ha sido Kidman porque, bueno, conozco a Kidman. Hemos hecho negocios.

—¿Qué tipo de negocios?

—Es un tío que sabe moverse. Siempre al filo.

—¿Has denunciado la paliza?

—No.

—¿Por qué?

—No puedo demostrar que hayan sido ellos. Y aunque pudiera, ¿qué? Crouch encontraría otra pandilla de hijos de puta con la que presionar al pobre Bill Tanner. Bill no se mudará. Acabarán matándolo, de una manera u otra. Sufrirá un ataque al corazón. Un infarto. Lo que sea. Pobre inútil.

—Hay maneras mejores de solucionar esto —dice Luther.

—Ese viejo sirvió a su patria —Reed tensa y destensa la mandíbula—. Estuvo allí el Día D. Ahora tiene ochenta y cinco putos años, ha intentado solucionar sus problemas por lo legal y su país le ha dado la espalda.

—De acuerdo —dice Luther—. No hace falta que te alteres. ¿Qué me estás pidiendo que haga?

—Sólo que te pases a verlo. Asegúrate de que esté bien. Llévale un poco de leche y una barra de pan. Un par de latas de comida para perros. Pero no de la barata. Trozos de carne en gelatina. Adora a su perrillo.

—¿Qué les pasa a los viejos? —pregunta Luther—. Antes se dejarían morir congelados que darle comida barata a sus mascotas.

Reed se encogería de hombros, si pudiese.

El asesino recorre las vacías calles nocturnas: avenidas bordeadas por plataneros, terrazas victorianas, edificios administrativos de granito, tramos de tiendas de barrio con las ventanas oscurecidas. Iglesias de piedra con carteles desdibujados y desesperadamente desenfadados: *La vida es frágil. ¡Manejar con oración!*

El asesino es un hombre compacto y musculoso. Pelo corto, cuidadosamente peinado con raya. Guerrera oscura. Vaqueros. Una mochila para portátil.

La mochila no contiene un portátil.

LUTHER: EL ORIGEN

En la calle Clayhill, un Smart aparca marcha atrás en un espacio reducido. La conductora, una joven oriental, sale y se dirige apresuradamente hacia la puerta de su casa agarrando con fuerza el bolso. Mira al asesino al pasar junto a él, pero en realidad no lo ve.

El asesino sigue caminando. Dobla en Bridgeman Road y experimenta una sensación de magnitud.

Recorre la acera combada por las heladas hasta llegar al número 23.

Por detrás de la oxidada verja y el seto sin podar, el número 23 es una bonita casa victoriana de fachada simétrica.

El asesino abre la verja. Chirría, pero a él no le importa: debe chirriar todas las noches y también a diario.

Se detiene en el jardín delantero, una pequeña zona empedrada protegida por altos setos. Un contenedor verde de plástico en un rincón.

Permanece a la sombra de la casa. Desprende una atmósfera eclesiástica, impregnada con el futuro.

Recuerda la sensación que tuvo al hallarse bajo un gran puente ferroviario mientras una locomotora bramaba por encima, su asombroso poder. Eso es lo que siente ahora el asesino en su interior: el bramido y el traqueteo y el trueno de un gran motor.

Se pone con un chasquido los guantes de látex que lleva enrollados en un bolsillo de la guerrera. Después, del otro bolsillo, extrae unas pinzas de punta.

Se dirige hacia un costado de la casa. Le tiemblan las piernas. Sigue la línea vertical del canalón del desagüe hasta el lugar en el que se une a un pequeño sumidero cuadrado alrededor del cual crece el esmirriado césped londinense.

Se arrodilla para cortar el cable telefónico, prácticamente a ras del suelo. Después vuelve a guardarse las pinzas en el bolsillo y regresa hasta la puerta de entrada.

Extrae un juego de llaves de su bolsillo.

Aprieta los dientes. Inserta la llave Yale con gran delicadeza en la cerradura y la hace girar lentamente. Empuja con el hombro y la puerta se abre. Sin hacer nada, nada de ruido.

Tan pronto como tiene espacio suficiente, se cuela en el interior como si fuese humo.

En la pared, junto a la puerta, hay un teclado de plástico. Una pequeña luz roja parpadea. El asesino la ignora y avanza como un tiburón a través del laberinto de aromas de los Lambert: sus ropas, sus desodorantes, sus perfumes, sus productos de limpieza, sus cuerpos, su sexo.

Penetra en la oscura sala de estar y se quita la mochila.

Se despoja de la guerrera, la pliega y la deja sobre el sofá. Abre la cremallera de la mochila y extrae un par de botas de pintor. Se las calza sobre los zapatos.

Después se pone cuidadosamente un mono desechable. Se cubre la cabeza con la capucha elástica. Permanece inmóvil un momento, con su mono desechable blanco y los finos guantes de goma.

Introduce la mano en la mochila y extrae sus herramientas: un tá-ser, un rollo de cinta aislante plateada (con una esquina doblada para poder desenrollarla con facilidad), un escalpelo, un cúter.

Al fondo de la mochila, enrollada como una salchicha, aguarda una pequeña manta de forro polar con ribete de rasete.

Extiende la manta sobre el sofá. La observa: un pálido rectángulo.

El espíritu del asesino se hincha y parece abandonar su cuerpo. Flota por encima de sí mismo.

Se ve subir las escaleras: con cuidado, con sumo cuidado.

Evita el quinto escalón, vuelve a entrar en su cuerpo y se interna en la oscuridad.

Luther mata el tiempo en la sala de espera hojeando un viejo y deteriorado ejemplar de *Heat*.

Al otro extremo de la sala, un mendigo con rastas grises como la ceniza brama contra Dios o quizás que él es Dios. No queda muy claro.

Reed sale cojeando a eso de las 3:15 de la madrugada. Luther toma su abrigo y le ayuda a salir, por la puerta principal, derramando luz en la noche.

LUTHER: EL ORIGEN

Cruzan el mojado aparcamiento hasta el viejo y desvencijado Volvo de Luther.

Luther lleva a Reed hasta su casa, un apartamento de un solo dormitorio en Kentish Town, alquilado, en la última planta.

El piso es austero y está desordenado, como si fuese un alojamiento temporal, lo cual resulta ser cierto. Todos los pisos de Reed son alojamientos temporales.

Reed anhela una casa grande y un gran jardín con un trampolín sobre el que ver brincando a una horda de niños: sus hijos, con sus amigos, sus primos, sus vecinos.

Reed sueña con formar parte de una comunidad, con almuerzos dominicales en el pub y fiestas vecinales, con ponerse un delantal divertido mientras prepara salchichas a la parrilla en barbacoas multitudinarias. Sueña con ser adorado por sus hijos y adorarles a su vez.

Con treinta y ocho años, ha estado casado cuatro veces y carece de descendencia.

Reed le tiende a Luther una abultada carpeta.

Luther se apoya contra la pared y hojea el informe. Ve hojas de arresto, fotos policiales, informes de vigilancia.

Los primeros folios describen a los muchachos que fueron arrestados, ingresados en prisión preventiva y liberados tras haber acosado a Bill Tanner: rateros de ojos muertos, basura blanca inglesa.

Bajo las hojas de arresto hay informes más detallados sobre Lee Kidman, Barry Tonga y su jefe, Julian Crouch.

Luther guarda la carpeta en una bolsa de supermercado y comprueba su reloj.

Es tarde. Se le ocurre volver a casa. ¿Pero qué sentido tendría? Piensa en los muertos y es incapaz de dormir. Se queda en la cama tumbado, bullendo como una estrella a punto de explotar.

De modo que conduce hasta la casa de Crouch, una residencia urbana con vistas a Highbury Fields.

Aparca y permanece sentado al volante. Se pregunta qué hacerle a Julian Crouch y cómo llevarlo a cabo sin consecuencias.

Al cabo de un rato tira de la palanca que abre el maletero, rodea el Volvo y saca un mango de piqueta de madera de nogal. Sopesa su satisfactorio peso. Atraviesa Highbury Fields y aguarda entre las sombras, agarrando con fuerza el mango de la piqueta en el puño.

Poco después de las 4:30 llega un immaculado Jaguar de época. Del interior sale Julian Crouch. Tiene el pelo ingobernablemente rizado, clareando por la coronilla. Abrigo de gamuza, camisa de cachemira. Adidas blancas.

Abre la puerta de entrada y enciende la luz, pero se demora en el umbral, iluminado desde atrás por la araña de cristal. Olfatea el aire como una presa junto al abrevadero. Sabe que hay alguien ahí fuera, observándole.

Frunce el ceño y cierra la puerta. Sus zapatillas rechinan sobre baldosas de mármol.

Luther observa la casa, respirando hondo.

Se enciende una luz.

Crouch se asoma a la ventana de su dormitorio. Mira hacia abajo como un rey preocupado desde lo alto de su castillo, estudiando la negrura. Después echa las cortinas y apaga la luz.

Luther sigue montando guardia. Su corazón es una fragua.

Finalmente, un zorro recorre apresuradamente el centro de la vacía carretera. Luther puede oír el repiqueteo rápido y remilgado de sus pezuñas contra el asfalto.

Observa al zorro hasta que desaparece y después regresa a su coche.

Espera hasta que comienza a salir el sol de invierno y aparecen los primeros corredores. Después conduce hasta su casa.

CAPÍTULO 2

Luther cruza la puerta roja antes de las seis de la mañana.

Zoe ya se ha levantado. Está en la cocina preparando café, con pelos de recién levantada, encantadora con su pijama de seda. Huele a sueño y a hogar y a ese aroma que brota de detrás de sus orejas, el aroma de su piel.

Saca un cartón de zumo de naranja de la nevera y se sirve un vaso.

—Bueno, ¿se lo has dicho?

—Cariño —dice Luther, quitándose el abrigo—. Lo siento. No he tenido oportunidad.

Ella se bebe casi todo el vaso de golpe, después se limpia la boca con el dorso de una mano.

—¿Qué significa eso, exactamente?

Luther asiente en dirección al suelo. Es su barrunte, señal de que está mintiendo. Y lo sabe.

—Simplemente era mal momento —dice.

—Siempre es mal momento —Zoe vuelve a guardar el zumo en la nevera. Después se cruza de brazos y cuenta en silencio hasta cinco—. ¿De verdad quieres hacer esto?

—Por supuesto —dice él—. Claro que sí.

—Porque tienes un aspecto lamentable, John. Pareces enfermo de verdad. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

Luther no lo sabe. Pero sabe que su cerebro no marcha como debería. Por las noches se le agrieta el cráneo y las arañas entran arrastrándose a su interior.

—¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo —dice ella— que no fuese trabajar?

Zoe es abogada, especializada en derechos humanos e inmigración. Gana un buen sueldo; tienen una bonita casa victoriana con puerta roja. Un poco deteriorada en el interior. Cenefas rayadas. Calefacción de los setenta. Ningún hijo. Muchos libros.

Una mañana se volvió hacia él, apoyando la cabeza sobre el canto de la mano, el pelo enredado y caótico. Una lluvia invernal golpeaba como gravilla contra las ventanas. La caldera de la calefacción estaba estropeada; habían dormido con los calcetines puestos. Hacía demasiado frío para salir de la cama.

—A la mierda —había dicho—. Vayámonos a algún sitio.

—¿Adónde? —dijo él.

—No lo sé. A cualquier parte. Donde sea. ¿Cuándo fue la última vez que estuvimos de vacaciones?

—Hicimos aquella excursión en barco —Luther se estaba refiriendo a unas vacaciones que habían compartido con una colega de Zoe y su marido. Las fotografías mostraban a cuatro individuos sonrientes arremolinados junto al timón de una lancha, alzando copas de vino. Pero había sido un desastre: Luther alienado y retraído; Zoe frágil y empeñada en pasarlo bien—. No pueden haber sido nuestras últimas vacaciones.

—¿Cuándo entonces? ¿Dónde hemos estado?

Él no lo sabía.

—Nos hicimos todas aquellas promesas mutuas —dijo Zoe, interrumpiendo su silencio—. Sobre cómo sería. Viajaríamos. Pasaríamos tiempo juntos. ¿Cómo puede ser que nada de todo aquello haya sucedido?

Él siguió tumbado de espaldas, escuchando la lluvia helada. Después se volvió, apoyándose sobre un codo. Dijo:

—¿Eres feliz?

—Francamente, no. ¿Y tú?

El corazón de Luther martilleó contra su pecho.

—Pasamos días enteros prácticamente sin hablarnos —dijo ella—.

LUTHER: EL ORIGEN

Sólo quiero verte un poco más. Quiero sentir que realmente estamos casados.

—Yo también —dijo él—. Pero, mira... si nuestro principal problema es que nos gustaría pasar más tiempo juntos, en fin... tampoco es tan grave, ¿verdad? No si lo comparas con otras parejas.

Zoe se había encogido de hombros.

Luther ama a su esposa. Es su tabla de salvación. Le deja perplejo que sea necesario decírselo. Cuando lo intenta, ella se avergüenza: se echa a reír y pone una expresión de cómico espanto.

Recostado en la cama, aquella fría mañana, Luther había desterrado el recuerdo del niño muerto y dijo:

—¿En qué estabas pensando, pues?

—Nos tomamos un año sabático —dijo Zoe—. Alquilamos la casa para cubrir la hipoteca.

—No quiero desconocidos viviendo en mi casa.

Ella le golpeó el antebrazo con impaciencia.

—¿Me dejas terminar? ¿Puedo terminar al menos?

—Perdón.

—Bueno, la verdad es que tampoco hay mucho más que decir. Simplemente hacemos las maletas y viajamos.

—¿Adónde?

—Adonde sea. ¿Adónde te gustaría ir?

—No lo sé.

—Tiene que haber algún sitio.

—La Antártida.

—Bien —dijo ella—. Pues vamos a la Antártida. Se puede ir en avión desde Sudamérica o Nueva Zelanda. Tampoco creo que sea tan caro. En realidad no. No en el gran esquema de las cosas.

—¿De verdad se puede hacer eso?

—Al parecer.

Luther se sentó y se rascó la cabeza, repentinamente entusiasmado con la idea.

—Siempre me ha atraído Nueva Zelanda —dijo—. No sé por qué.

—Yo tengo Turquía en mi lista —dijo Zoe—. Turquía está bien. Vamos a Turquía.

—No me va mucho la playa —dijo Luther. No le gusta sentarse al sol y que la gente cotillee qué libro está leyendo.

—Puedes leer en el hotel —dijo ella—. Podríamos quedar a la hora de comer. Echar la siesta. Hacer el amor. Ir al teatro por la noche.

—Realmente le has estado dando vueltas, ¿eh?

—Sí. Tenemos que renovar tu pasaporte.

—¿Ah, sí?

—Está caducado.

—¿En serio? ¿Desde cuándo?

—Hace dos años y medio.

Luther se restregó el cráneo.

—De acuerdo. Qué coño. Hagámoslo.

Zoe se rió y le abrazó e hicieron el amor como si ya estuvieran de vacaciones.

Aquello había sucedido hacía casi un año.

Ahora Luther está de pie y agotado en la cocina, poco después de las seis de la mañana, aturdido por la falta de sueño mientras sirve dos cuencos de muesli sobre la barra en la que desayunan; un picoteo de madrugada para él, el desayuno para ella.

—Iba a pedírselo hoy —dice él, refiriéndose a su jefa, la superintendente Teller. Zoe imita una boca con el índice y el pulgar: bla, bla, bla. Ya se conoce el cuento.

Luther agarra su cuenco de muesli, le da la espalda a Zoe y se mete una cucharada de cereales en la boca.

—Pero luego Ian ha tenido un accidente —dice, añadiendo una pausa dramática. Avergonzado de sí mismo.

—Oh, Dios —dice ella—. ¿Muy grave?

—No demasiado grave. He tenido que ir a recogerle en Urgencias, llevarle a casa.

—¿Qué ha pasado?

LUTHER: EL ORIGEN

—Le han asaltado. No estamos exactamente seguros de quién. Pero le han dado una buena paliza. Así que estamos con un detective menos.

—De acuerdo —dice ella, aliviada de que Ian esté bien—. Pero eso no significa que no se lo puedas decir, ¿verdad? Pase lo que pase, necesitará un par de semanas para buscarte un sustituto. Y lo sabes. Que Ian esté en el hospital no es excusa.

—No —dice él—. No lo es. Tienes razón.

—¿Se lo dices entonces?

—Lo haré.

—En serio —dice ella—. Díselo.

Zoe le está implorando. Pero el motivo no son las vacaciones. Es otra cosa.

Zoe tiene en ocasiones destellos de lo que ella considera visiones psíquicas. Muchas están relacionadas con él. Hace dos noches gritó en sueños. «¡Marcado!», dijo.

Luther había querido preguntarle a qué se refería. ¿Qué era lo que estaba marcado? ¿Qué había estado viendo en aquel momento secreto por detrás de sus ojos cerrados?

—Lo haré —dice—. Se lo voy a pedir. Te lo prometo.

—O si no, John... —dice ella—. En serio.

—O si no, ¿qué?

—No puedes seguir así —dice Zoe—. Simplemente no puedes.

Luther sabe que su mujer tiene razón.

Está subiendo fatigosamente las escaleras para darse una ducha cuando suena su teléfono. Comprueba el identificador de llamada: *Teller, Rose*.

Responde, escucha.

Le dice que estará allí tan pronto como sea posible. Después se lava la cara, se cepilla los dientes, se pone una camisa limpia. Besa a su esposa.

—Se lo pediré hoy mismo —dice, con sinceridad—. Se lo pediré esta misma mañana.

Después se dirige hacia la escena del crimen.

CAPÍTULO 3

Se ve obligado a aparcar a cierta distancia y acercarse caminando hasta el lugar indicado.

La mañana es fresca y húmeda; lo nota en las rodillas. Piensa que es de tanto acuclillarse, de tanto agacharse para pasar bajo las puertas y las cintas policiales; media vida desperdiciada introduciéndose en espacios que no son lo suficientemente grandes para él.

Está amaneciendo, pero agentes de paisano y uniforme han iniciado ya las pesquisas de casa en casa. Vecinos curiosos aguardan parpadeando frente a sus puertas, acurrucados en sus sudaderas y camisones. Algunos invitarán a los policías a entrar; ninguno habrá visto ni oído nada. Pero todos percibirán que se han librado de algo sombrío y profundo, algo que pasó junto a ellos como un tiburón al acecho.

La casa se alza por detrás de una cinta. Dos pisos y buhardillas, fachada simétrica, victoriana. Probablemente millón y medio.

Luther se abre paso a empujones entre los morbosos, los periodistas ciudadanos que enarbolan sus iPhones, no ondeando sino grabando; echa a un lado a los periodistas de verdad, los de la vieja escuela. Después le muestra su placa al agente del registro, que apunta su nombre, y pasa agachándose por debajo de la cinta.

La superintendente Rose Teller se aproxima para recibirle. Uno sesenta y dos, huesuda, hosca. Teller ha acabado amoldándose a la expresión ceñuda que empezó adoptando de joven para satisfacer a

LUTHER: EL ORIGEN

sus superiores, hombres que confundían la amabilidad con frivolidad. Lleva un mono de forense, botas.

—Buenos días, jefa —dice Luther—. ¿Qué tenemos?

—Un asunto bien desagradable.

Luther da una palmada y se frota vigorosamente las manos.

—¿Puede dedicarme antes un minuto? Tengo que pedirle un favor.

Ella le lanza una miradita. No en vano la llaman la Duquesa.

—Tienes un talento oculto para escoger el momento adecuado, ¿verdad? —dice.

—Más tarde —responde Luther, captando la indirecta—. Cuando tenga un momento. Seré breve.

—De acuerdo. Bien.

Teller chasquea los dedos y la sargento Isobel Howie se apresura a unírseles, esbelta bajo su mono forense blanco, su disfraz de conejo; el pelo rubio pajizo corto y puntiagudo. Howie es policía de segunda generación, no le gusta hablar de ello. Algún trauma con su padre.

Asiente en dirección a Luther a modo de saludo y le entrega una carpeta.

—Las víctimas son Tom y Sarah Lambert. Treinta y ocho años él, treinta y tres ella —le muestra unas fotos: el señor Lambert, moreno, atractivo, en forma. La señora Lambert, rubia, atlética, pecosa. Despampanante.

—El señor Lambert es orientador. Trabaja con jóvenes conflictivos.

—Lo que significa un montón de gente con problemas emocionales y mentales —dice Luther—. ¿La señora Lambert?

—Es organizadora de eventos: bodas, fiestas, ese tipo de cosas.

—¿Primer matrimonio?

—Primer matrimonio para ambos. Ningún ex celoso que nosotros sepamos, ninguna orden de alejamiento. Nada por el estilo.

—¿Método de acceso?

—La puerta principal.

—¿Cómo? ¿Simplemente entró?

Howie asiente. Luther dice:

—¿Hora?

—La llamada al 999 se efectuó a eso de las 4 de la madrugada.

—¿Quién hizo la llamada?

—Un hombre que estaba paseando a su perro, no dejó nombre.

Afirmó haber oído gritos.

—Voy a necesitar la grabación.

—Podemos conseguirla.

—¿Vecinos? ¿Ninguno ha denunciado gritos?

—Nadie ha oído nada, al parecer.

—¿Ni coches? ¿Portazos?

—Nada.

Luther se vuelve hacia la puerta.

—¿Quién tiene copias de las llaves? ¿Vecinos, canguros, madres, padres, primos? ¿Paseador de perros, amigo de la familia, señora de la limpieza?

—Lo estamos comprobando.

—De acuerdo.

Luther asiente en dirección al interior de la casa. Howie sigue su mirada, ve un teclado de plástico instalado en la pared. Una pequeña luz roja parpadea. Ladrando como un perro mudo. Una alarma.

Howie insta a Luther a seguirla mediante un movimiento de cabeza, lo guía por encima de las planchas que el personal operativo ha dispuesto junto al costado de la casa.

Cerca del canalón del desagüe, Luther hunde las manos en los bolsillos de su abrigo; reduce la tentación de tocar. Se acucilla y señala con la cabeza hacia el lugar en el que el cable telefónico ha sido cortado. Después extrae una mano del bolsillo e imita un par de tijeras. El corte está cerca del nivel del suelo, medio oculto por el alto y esmerriado césped que crece alrededor del sumidero.

—De modo que tiene las llaves. También sabe que tienen alarma. Y sabe cómo anularla —vuelve a ponerse en pie, girando la cabeza para aliviar la rigidez del cuello—. Averigüemos quién instaló la alarma. Empecemos por el operario, el tipo que hizo el trabajo. No sería

la primera vez que pasa. Si no lo ves claro, acude a la empresa de seguridad que le tenga empleado. Investígalos a todos. Contabilidad, servicio técnico, el jefe, la secretaria del jefe. Comerciales. A todos. Si no llegas a ninguna parte, amplía el campo. Esposas de empleados. Y reza por encontrar algo. Porque si no...

Deja la frase inconclusa, mientras observa el cable seccionado entre la pálida hierba, experimentando esa sensación.

Howie ladea la cabeza y observa a Luther con expresión extraña. Tiene un puñado de pecas en las mejillas que la hacen parecer más joven; sus ojos son verdes.

Luther mira por encima del hombro y allí está Teller, mirándole con la misma expresión.

—De acuerdo —dice—. Vamos a echar un vistazo en el interior.

Howie recupera la compostura, respira hondo, retiene el aire un instante. Después vuelve a guiar a Luther por encima de las planchas, desfilando junto al personal operativo y los agentes de uniforme hasta entrar en la casa.

Es un hogar próspero de clase media: fotografías de familia, algunas mesas, suelo de madera natural, alfombras vagamente étnicas.

En el ambiente flota un hedor cálido y negro a zoológico que no cuadra en aquel lugar limpio y luminoso.

Luther asciende las escaleras. No quiere ir, pero lo disimula. Recorre pesadamente el pasillo.

Entra en el dormitorio principal.

Es un matadero.

Tom Lambert yace desnudo sobre la esterilla de mimbre. Le han abierto en canal desde la garganta hasta el pubis. Los ojos de Luther siguen un enredo de intestinos húmedos.

El señor Lambert tiene los ojos abiertos. Sendas bolsas forenses cubren sus manos muertas. Su pene y testículos han sido cercenados y encajados en su boca.

Luther nota que el suelo tiembla bajo sus pies. Estudia las salpicaduras de sangre, la alfombra empapada.

Permanece inmóvil con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos e intenta ver a Tom Lambert, de treinta y ocho años, orientador, esposo. No aquel amasijo de depravaciones.

Es consciente de que Howie aguarda a sus espaldas.

Respira honda y lentamente, después se vuelve hacia la cama.

Sobre la que yace extendido el cadáver de lo que hasta hace poco había sido Sarah Lambert.

La señora Lambert había estado embarazada de ocho meses y medio. Ha reventado como una garrapata.

Luther se obliga a mirar.

Quiere volver a casa, su casa bien limpia, darse una ducha y enterrarse bajo un edredón inmaculado. Quiere hacerse un ovillo y dormir y despertarse y estar con su esposa, viendo la tele con ropa de andar por casa, discutiendo afablemente sobre política. Quiere hacer el amor. Quiere sentarse en una habitación tranquila y soleada leyendo un buen libro.

La señora Lambert todavía lleva puestos los restos de un camión de encaje, probablemente comprado como regalo irónico por alguna joven compañera del trabajo. Su vientre hinchado debía haberlo estirado cómicamente frente a ella, alzando aún más la corta faldilla.

Tenía unas bonitas piernas, surcadas por venas varicosas propias del embarazo.

Luther imagina las puntas de los dedos del señor Lambert rozando la suave franja marrón que había surgido desde el pelo púbico de la señora Lambert, alzándose sobre el hemisferio de su estómago hasta llegar al protuberante ombligo.

Le da la espalda al despropósito de la cama, entierra las manos aún más profundamente en los bolsillos. Cierra los puños.

Tirada en el suelo, no muy lejos de sus pies, marcada con banderitas amarillas, está la placenta de Sarah Lambert. Luther la observa de hito en hito.

—¿Qué ha pasado con el bebé?

LUTHER: EL ORIGEN

—Ahí está el quid, patrón¹ —dice Howie—. No lo sabemos.

—Prefiero jefe —dice él, frunciendo el ceño, mayormente ausente—. Llámame jefe.

Le da la espalda a Howie y desciende a la planta baja.

En la cocina, le llama la atención una página de revista arrancada y pegada a la nevera con un imán en forma de oso de peluche vestido de guarda granadero.

Diez errores que te impiden ser feliz

1. Si de verdad quieres hacer algo, no esperes hasta «que sea el momento». ¡Si sigues esperando, nunca llegará!
2. Cuando seas infeliz, no te aísles. ¡Coge el teléfono!
3. No esperes a que las cosas sean perfectas. ¡Si esperas a ser lo suficientemente delgada o a estar lo suficientemente casada podrías estar esperando para siempre!
4. No puedes obligar a otra persona a ser feliz.
5. Pero sí puedes ayudarle a serlo.

Luther observa la lista durante largo, largo rato.

La puerta que conduce al pequeño jardín trasero está abierta, dejando que entren el frío y la humedad.

Finalmente Luther sale por ella, agachando la cabeza al pasar.

Teller está afuera, sentada sobre el bajo muro del jardín, dándole sorbos a un enorme café para llevar. Parece cansada y decaída. La pálida luz de la mañana reluce a través de sus gafas; Luther puede ver la borrosa mancha de un dedo en una de las lentes.

Teller se termina el café y grita un «¡Oi!», llamando la atención de un joven agente de paisano.

1. En el original: *gov*, abreviatura de *governor* (patrón), fórmula de respeto muy extendida en Inglaterra. Luther prefiere la forma americana *boss*. *N. del T.*

—Busca una papelera para esto, Sherlock —dice arrojándole el vaso vacío.

Luther se sienta a su lado, encorvado bajo el abrigo. Mientras mira la coronilla de su cabeza, siente una oleada de ternura. Adora a Rose Teller por la actitud desafiante con la que se abre paso por el mundo.

—¿Qué querías preguntarme? —dice ella.

—Nada.

—¿Estás seguro?

—Puede esperar.

—Bien.

Teller se levanta y se masajea la rabadilla con un puño. Después le guía en busca del médico forense.

Fred Penman es un hombretón vestido con traje a rayas de tres piezas. Canosas y voluminosas patillas, pelo blanco recogido en una coleta.

Debería estar dándole caladas a un Rothman's, pero no lo tiene permitido; ahora ya no. En cambio, mastica un cigarrillo de plástico, haciéndolo rodar entre sus labios como un palillo.

Luther siente el frío mientras estrecha la mano de Penman y asiente a modo de saludo. Es el bajón de la adrenalina. Tiene que comer algo cuanto antes o empezará a tiritar.

—¿Qué posibilidades tiene el bebé? —dice—. En el peor de los casos.

Penman se saca el falso cigarrillo de la boca.

—¿Qué significa «el peor de los casos» en una situación como esta? Luther se encoge de hombros. No lo sabe.

—Tenemos un feto sano a escasos días de salir de cuentas —dice Penman—. Tenemos un tarado con cierta idea de lo que se trae entre manos: cortó el vientre de la señora Lambert capa tras capa. Utilizó instrumentos limpios y afilados. Así que diría que el bebé puede haber sido extraído con éxito.

—Por «éxito»...

—Quiero decir «con vida», sí.

LUTHER: EL ORIGEN

—¿Y cuánto tiempo podría aguantar?

—Asumiendo que le den calor y la nutrición adecuada... Esto es pura especulación, ¿eres consciente de ello?

Luther asiente.

Penman parece afligido. Es abuelo.

—Pensamos en los bebés como en algo frágil —dice—, debido a los instintos que evocan en nosotros: preconscientes, muy poderosos. En realidad pueden ser unos enanos bastante duros. Feroces maqui-nitas de sobrevivir. Mucho más duros de lo que podrías imaginar.

Luther espera. Finalmente, Penman dice:

—Le daría un ochenta por ciento.

Luther sigue sin hablar ni moverse. Penman dice:

—Ding-dong. ¿Hay alguien en casa?

—Sí. Perdona.

—Por un momento creía que te habíamos perdido.

—Sólo estoy intentando decidir qué sentir ante esa respuesta.

—Simplemente reza porque el bebé se lo haya llevado una mujer.

—¿Y eso por qué?

—Porque si ha sido una mujer, al menos querrá cuidar de él.

Se interrumpe. Incapaz de continuar.

—No ha sido una mujer —dice Luther—. Las mujeres no atacan a otras mujeres en casa, en la cama con sus maridos.

Penman deja escapar un prolongado y lento silbido.

—Hemos visto demasiado —dice—. No deberíamos tener sitio en nuestras cabezas para ideas como estas.

Después vuelve a meterse el cigarrillo de plástico en la boca, lo mastica, se lo pasa de un lado a otro. Le da una palmada a Luther en el brazo y dice:

—Pensaré en ti.

Luther le da las gracias y va a reunirse con la sargento Howie.

Ella le está esperando junto a la cinta.

Pasan a través de la multitud cada vez más reducida, los individuos de la parte trasera obligados a ponerse de puntillas.

Llegan hasta el castigado Volvo. Luther le lanza a Howie las llaves.

En el interior del coche hace frío, huele un poco a comida rápida y a tapicería en descomposición.

Howie pone el motor en marcha, adivina cómo manejar la calefacción. La pone al máximo. Es ruidosa.

Luther se abrocha el cinturón.

—¿Escondían las víctimas algún trapo sucio?

—Acabamos de empezar, pero no. Por lo que sabemos, siempre se han sido fieles. La única nube oscura parece haber sido un problema de fertilidad.

—Entonces ¿qué? ¿Usaron FIV?

—Eso es lo curioso, patrón.

—Jefe.

—Eso es lo curioso, jefe. Cinco años de FIV. Sin suerte. Finalmente acabaron por desistir, empezaron a plantearse adoptar. La señora Lambert renunció a la FIV hace doce o trece meses. Y después: bingo. Se queda embarazada.

—¿Religiosos?

—La señora Lambert es anglicana; es decir, no. El señor Lambert parece haber mostrado cierto interés por el budismo y el yoga. Intentó seguir una dieta macrobiótica durante una temporada.

—¿Su padre murió joven?

Howie comprueba los papeles.

—No lo pone.

—Cuando los hombres se acercan a la edad a la que falleció su padre, empiezan a pensar en dietas y en ejercicio. El señor Lambert estaba en bastante buena forma.

—Mejor que buena. Jugaba al tenis. Squash. Le gustaba la esgrima, la bici de montaña. Participó en uno o dos maratones. Estaba cachas.

—¿Algo más?

—Hemos comprobado la alarma —dice ella—. Tom Lambert la utilizó abundantemente durante el primer año de tenerla instalada, después, gradualmente, su uso fue disminuyendo. Es un patrón de

LUTHER: EL ORIGEN

conducta bastante típico, probablemente aplicable a cuatro de cada cinco personas que tienen una. Su uso suele disminuir casi hasta llegar a cero. Después, hace cuatro o cinco meses, comenzó a utilizarla de nuevo.

—Eso podría no significar nada —dice Luther—. La señora Lambert estaba embarazada. A veces los hombres se pasan de protectores cuando su pareja está encinta. Nos sale el troglodita que llevamos dentro.

—O —dice Howie— a lo mejor estaba nervioso por algo específico. Algo que hubiera visto u oído.

—¿En el trabajo, quieres decir?

—Usted mismo lo ha dicho: el tipo de gente con la que trata a diario. Luther le dedica un asentimiento. Complacida, ella teclea las coordenadas en el GPS. Mientras Howie conduce, Luther dice:

—¿Puedo oír la grabación del 999?

Howie hace una llamada, le pasa el teléfono.

Luther escucha.

Operadora: Emergencias.

Interlocutor: Sí, quería denunciar algo muy extraño. Estaba paseando a mi perro por Bridgeman Road cuando he oído... no sé, unos ruidos. Y he visto algo muy extraño.

(Ruido de teclado)

Operadora: ¿Y cómo se llama usted?

Interlocutor: No quiero decirlo. ¿Tengo que darle mi nombre?

Operadora: No, si prefiere no hacerlo. ¿Qué es lo que ha visto?

Interlocutor: A un hombre. Saliendo furtivamente de una casa.

Operadora: ¿Ha presenciado un allanamiento de morada?

Interlocutor: No lo sé. No parecía un ladrón. Era demasiado mayor para ser un ladrón.

Operadora: ¿Qué edad diría que tenía?

Interlocutor: ¿Cuarenta y algo? No lo sé. Como un hombre de más de cuarenta.

(Teclado)

Operadora: De acuerdo, tranquilícese. ¿Qué estaba haciendo?

Interlocutor: No lo sé. Llevaba algo en brazos. Como un bulto. Estaba cubierto de sangre. Sangre en la cara y todo. Ha desaparecido corriendo por Crosswell Street, con el bulto a cuestas. Tenía muy mala pinta. Muy, muy mala pinta.

Operadora: De acuerdo, una patrulla va de camino. ¿Puede mantenerse a la espera?

Interlocutor (solloza): No, no puedo. No puedo. Lo siento. Tengo que irme. Tengo que irme.

Luther escucha la grabación tres veces.

—¿Hemos rastreado el número?

—Pertenece a un teléfono móvil cuya desaparición fue denunciada por un tal Robert Landsberry de Lyric Mews, Sydenham. Hace dos días.

—¿Tiene el señor Landsberry alguna sospecha de quién pudo robarle el teléfono?

—Vamos a entrevistarle otra vez esta mañana. Pero la verdad, no. Ni siquiera está exactamente seguro de cuándo se lo quitaron.

—¿Qué pensamos entonces? ¿Puede ser que el que nos llamó fuese un ladrón estudiando el terreno? ¿O a lo mejor un camello de poca monta, en la calle para mover un poco de hierba?

Howie se encoge de hombros.

Luther se muerde el labio mientras conducen.

—¿Y ese es nuestro único testigo? —dice.

—Si no hubiera llamado —dice Howie—, los Lambert aún seguirían allí tirados. Nadie lo sabría siquiera.

Luther cierra los ojos y repasa mentalmente su lista: investigar en mayor profundidad a amigos y familiares. Aventuras extramatrimoniales. ¿Fue el bebé concebido con espermatozoides de un donante? ¿Tenían problemas monetarios? ¿Rivalidades laborales?

Si no consiguen un resultado rápidamente, el problema no será la ausencia de información, sino la acumulación exponencial de una superabundancia de la misma.

LUTHER: EL ORIGEN

Luther suspira y llama por teléfono al mejor técnico forense con el que jamás haya trabajado.

—John Luther —dice Benny Deadhead al otro lado de la línea—. Dichosos los ojos.

Su verdadero nombre es Ben Silver, pero nadie le llama así. Ni siquiera su madre.

—Benny —dice Luther—. ¿Qué tal por Antivicio?

—Deprimente. Las cosas que se hace la gente.

Luther deja pasar el comentario.

—Escucha —dice—, ¿tienes mucho trabajo pendiente?

—Una pila infranqueable.

—¿Alguna urgencia?

—Bueno, depende de lo que signifique para ti urgente.

—Significa que necesito tu ayuda en un caso de los realmente desagradables. Si le digo a mi súper que le pida a tu súper que te nos preste unos días, ¿qué crees que dirá?

—Ya estoy haciendo la maleta —dice Benny.